



CRONICA DE CORDOBA Y SUS PUEBLOS II



ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE CORDOBA

Córdoba 1991

*Manuel García
Murto*

**CRONICA
DE
CORDOBA
Y SUS
PUEBLOS
II**

ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE CORDOBA

Córdoba 1991

[Faint, illegible handwritten text]

[Faint, illegible printed text]

Dep. Legal: CO-462/1989

Imprime: Adisur, S.A.

Pgno. Industrial, s/n.

Tfno. 671 422 Fax 670 016

Baena (Córdoba)

RECUERDO POSTUMO A DON JUAN OCAÑA TORREJON

Francisco CRESPIN CUESTA

Para tema de mi comunicación a la presente Reunión Anual de Cronistas de la Asociación Provincial Cordobesa, he creído oportuno dedicar esta a la memoria de un destacado miembro de ella, el Ilmo. Sr. Don Juan Ocaña Torrejón (q.e.p.d.), ilustre hijo de Villanueva de Córdoba. Por sentirme obligado a este acto de respetuoso recuerdo a tan querido y admirado compañero y amigo, quiero que los minutos que se me ofrecen para esta intervención estén dedicados a su grata persona, conociendo de antemano que cuanto mis palabras puedan expresar en tal sentido resultará insuficiente y mis expresiones harto pálidas para cuanto sus méritos merecen y su formidable proyección humana reclama.

Conocía a D. Juan Ocaña el año 1969, con ocasión de haber sido invitados los Ayuntamientos de la provincia a una reunión que debería celebrarse en el Salón Capitular de la Excm. Diputación Provincial, con el fin de intentar la creación y puesta en marcha de una Sección de Cronistas Oficiales de la Provincia que estaría adscrita a la Real Academia de Córdoba. Yo asistí a ella en calidad de Delegado de Cultura del Ayuntamiento de Fernán-Núñez y D. Juan Ocaña iba como Cronista Oficial de Villanueva de Córdoba, nombramiento que llevaba ostentando desde hacía años. La reunión estuvo presidida por el Excmo. Sr. Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala (q.e.p.d.), como Director de la Real Academia de Córdoba y Cronista de la Ciudad, y por el Delegado Provincial de Cultura, en representación del Excmo. Sr. Presidente de la Diputación.

Aquel primer encuentro con el Sr. Ocaña fue el inicio de una fraterna amistad que nos uniría hasta el final de sus días y fue también el comienzo de una etapa que me llevaría a valorar, casi día por día, la gran proyección de este hombre que, dentro de una modestia sin límites, se desbordaba en torrentes de amabilidad y simpatía, prodigando sus conocimientos casi con rubor y cortedad, no fuera a tacharsele de engreído, cuando todos sabíamos que la veteranía de don Juan Ocaña, sus profundos estudios sobre historia provincial y el riquísimo caudal de datos históricos que había adquirido a lo largo de tantos años de investigación,

eran fuentes inagotables en las que forzosamente habríamos de beber los que después hemos seguido los escabrosos senderos de la búsqueda arqueológica y la caza de datos y situaciones históricas.

Ocaña Torrejón, podemos decir que nació con la pluma en la mano diestra y el reloj de arena en la siniestra, pues, estos atributos de trabajo y tiempo ya le fueron legados por su buen padre, don Juan Ocaña Prados, al señalarle el camino a seguir con el ejemplo de su HISTORIA DE LA VILLA DE MOSTOLES, su pueblo natal, y la HISTORIA DE LA VILLA DE VILLANUEVA DE CORDOBA, su pueblo de adopción. Don Juan Ocaña, como hijo de secretario de Ayuntamiento, que era la profesión de su padre, puede decirse que vino al mundo con los libros capitulares debajo del brazo y así resultó su devoción a ellos y a cuanto su contenido pudiera mostrar acerca del pasado de cada pueblo. El hablaba siempre con fervor y admiración de su querida Villanueva de Córdoba, refería con entusiasmo pasajes de su historia, facetas de la vida de sus naturales, paisajes campestres de su comarca, tradiciones jarotas, costumbres de su Valle de los Pedroches que, aunque algunos le nieguen la calidad de valle, creo que veríamos claro el sentido de tal denominación si tuviésemos en cuenta que los ríos Guadarramilla y Cuzna casi se dan la mano por medio del Arroyo del Coso y forman una larga cinta de plata que no solo baña la comarca de las siete villas, sino que recorre media provincia de Córdoba por parajes de la bella serranía. Creo que si tenemos esto en cuenta, merece llamársele Valle y creo también que es esa la denominación que más agrada a sus hijos.

Don Juan Ocaña demostró cumplidamente el gran amor, la veneración profunda que sentía por su pueblo y por su tierra. Ahí están para testimoniarlo sus numerosos trabajos literarios publicados en periódicos y revistas; ahí están sus libros, que acabaron para siempre con la oscuridad histórica que casi siempre envolvió al Valle de los Pedroches. No hay rincón, colina, cañada ni paraje atrayente que no nos haya sido mostrado por su pluma fecunda impregnada de pasión y galanura, pese a haber asegurado él, reiteradamente, que carecía de vena poética. Su amor a la tierra, su entrega total a exaltarla y sublimarla hacen que sus descripciones entusiastas e impulsivas nos sepan a églogas pastoriles y nos suenen a música de rabeles. Nuestro querido y malogrado compañero y amigo nunca estuvo alejado de las escenas bucólicas, pues bucólico fue durante largos siglos el quehacer de las gentes de su tierra. Por ello me complacé, hace algunos años, en dedicarle el poema de "Las Siete Villas" que es un canto de admiración a su tierra pedrocheña y él me agradeció con efusión y generosidad.

"Historia de la Villa de Pedroche y su Comarca", "La Dehesa de la Jara", "Villanueva de Córdoba" Apuntes históricos, "Villanueva de Córdoba en el siglo XIX", "Callejero de Villanueva de Córdoba" y otros libros son frutos de su trabajo fecundo y el mejor homenaje que tributó a su tierra. Sus numerosas intervenciones en la Real Academia de Córdoba y en la Asociación de Cronistas siempre fueron esperadas con interés, porque siempre mostraron una nueva

perspectiva, una visión o un perfil inédito de su incansable deambular por los parajes que atesoraban restos preciosos de antiguas civilizaciones. Lea quien quiera sus libros y quedará sorprendido ante la gigante obra que se trasluce del contenido de sus páginas; ante la perseverancia y dedicación plena de un hombre que solo luchó por la exaltación de su pueblo sin esperar nada en recompensa, porque el único y supremo premio que él aspiró siempre a conseguir fue el ver a su Villanueva feliz, refulgente y altiva, encumbrada en airoso y elevado pedestal labrado por el trabajo y el amor de todos sus hijos; pero, su parte, la ofrenda del conocimiento de su pasado histórico, la que da a la villa timbres de gloria y guirnaldas de laureles, nadie podrá disputársela a él y a su progenitor, porque solo de ellos y de nadie más fue el mérito de dar a conocer a sus conciudadanos y comarcanos quienes fueron sus antepasados, como se desenvolvieron y que vicisitudes tuvieron que atravesar para llegar a esta feliz realidad que hoy se vive, se palpa y se respira en Villanueva de Córdoba.

Pero, no solo de pan vive el hombre, y, don Juan Ocaña, no se sustentaba únicamente de lo que daba de sí el Valle de los Pedroches. El conocía la historia de todos los pueblos de la provincia que tenían algo publicado y muchos datos inéditos de bastantes de ellos, así como biografías de muchos cordobeses ilustres. Respetuoso para con los demás e incluso para consigo mismo, se complacía en escuchar atentamente a su interlocutor y nunca le interrumpía. Si se le pedía una explicación sobre un tema cualquiera que cayese dentro del campo de su competencia, la daba cumplidamente.

Fue este gran hombre, con su indiscutible saber, sus teorías irrefutables y su seguridad en sus apreciaciones, quien supo señalar el lugar que ocupó en aquella comarca la famosa piedra de Solia, que avalaba la existencia del casi desconocido distrito íbero-romano. Le agradaba sobremanera tratar asuntos de su comarca, aunque fuesen insignificantes y nimios y fue grande su satisfacción cuando, últimamente, la Diputación Provincial le pidió hiciese un trabajo sobre la encina para la revista OMEYA. Al comunicármelo, me dijo textualmente:

“Es, quizá, uno de los trabajos que con más gusto y satisfacción haré en toda mi vida, porque la encina es, sin duda alguna, la clave de la riqueza de Villanueva y de todo el Valle”.

Aquello me animó a hacer, también yo, algo sobre la encina que agradase a mi buen amigo y compuse un díptico formado por dos sonetos que, al presentárselo, dijo le gustaban mucho y lamentó no haberlo tenido a tiempo para incluirlo en su trabajo en OMEYA. Queriendo yo compensarle de alguna manera por aquel pequeño contratiempo, me apresuré a enviar el poema a Villanueva de Córdoba, donde nuestro querido y común amigo Diego Higuera Gómez, siempre generoso y servicial, los hizo publicar en el periódico VILLANUEVA, de aquella localidad. Su modesto texto era el siguiente:

Sobre la majestad de las orondas
colinas de los campos terrenales
la encina, entre romeros y jarales,
da sus ramas prolíficas y blondas.

Nieves dieron vejezes a sus frondas,
lanzadas por rigores invernales;
calores inflexibles, estivales,
ahondaron sus arrugas, ya muy hondas.

Sus ramas, de la dulce tortolilla,
sustentan el hogar, do sus polluelos
esperan su partida hacia los vientos

y, en el tierno cogollo de la orilla,
herido jilguerillo, hacia los cielos,
lleva el eco infeliz de sus lamentos.

De su baya carnosa, las entrañas,
devora con fruición la mansa oveja
y su leño, al arder, colmadas deja
de amorosas tibiezas las cabañas.

¿Por qué en bienes y amor al mundo bañas
sin dar a oír siquiera leve queja?
¿Por qué, con tu bondad, sublime vieja,
a todos haces bien y a nadie dañás?

¡Cuántos seres llegaron a tus plantas
rendidos por los soles del verano
buscando, de tu sombra, la caricia!

¡Y en cuántas ocasiones, dime: ¿En cuántas?
el hambriento hacia tí tendió la mano,
de tu fruto obteniendo la delicia!

Don Juan Ocaña Torrejón ha dejado un vacío difícil de rellenar en el campo de la investigación histórica provincial. Villanueva de Córdoba ha perdido a uno de sus más brillantes hijos y la Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas a uno de sus más firmes puntales. Su pueblo natal le dio repetidas veces pruebas de su admiración y afecto rindiéndole homenajes y nombrándole Hijo Predilecto

de la villa; pero, ahora que ha dejado de estar entre nosotros, ahora que su cuerpo descansa en la tierra y su alma goza de las Alturas, sería momento propicio para que sus paisanos siguiesen honrando su memoria erigiendo su efigie en noble bronce que sería honra y ornato de cualquiera de las bellas plazas jarotas. Háganlo, por favor, porque don Juan Ocaña demostró ser digno de eso y de mucho más.

